

R. 10713

4
69540

EL
MISTICISMO EN LA POESÍA

ESTUDIO DE CRÍTICA LITERARIA

SAN JUAN DE LA CRUZ

POR

MARTÍN DOMÍNGUEZ BERRUETA

*Profesor auxiliar de la Facultad de Filosofía
y Letras
en la Universidad de Salamanca*

«Estas aguas de deleites interiores no nacen en la tierra». San Juan de la Cruz á las religiosas de Veas, en carta que se conserva en Pastрана, y que publicó por primera vez Garnica en su *Ensayo histórico*.

(Segunda edición)

SALAMANCA
IMPRESA DE CALATRAVA
á cargo de L. Rodríguez
1897



EL MISTICISMO EN LA POESÍA



R.10713

EL
MISTICISMO EN LA POESÍA

ESTUDIO DE CRITICA LITERARIA

SAN JUAN DE LA CRUZ

POR

MARTÍN DOMÍNGUEZ BERRUETA

*Profesor auxiliar de la Facultad de Filosofía
y Letras
en la Universidad de Salamanca*

“Estas aguas de de-
leites interiores no na-
cen en la tierra.” San
Juan de la Cruz á las
religiosas de Veas, en
carta que se conserva
en Pastrana, y que pu-
blicó por primera vez
Garnica en su *Ensa-
yo histórico*.

(Segunda edición)

SALAMANCA
IMPRENTA DE CALATRAVA
á cargo de L. Rodríguez
1897



VNiVERSiD



EL

MISTICISMO EN LA POESÍA

CUANDO se trata de señalar leyes ó principios generales para explicar los movimientos de la actividad humana en orden á las manifestaciones artísticas del pensamiento por medio de la palabra, ó cuando se quieren determinar los factores principales que han concurrido á constituir el carácter literario de un pueblo, las fuentes de su inspiración, no es posible desconocer ni omitir la influencia poderosa de la Religión, de tal modo y en tal grado, que si ha podido decirse con fundamento que según es la Religión



es el arte, cabe muy especialmente hacer aplicación de esto á la primera y más bella de las artes: la poesía. Y si constantemente el sentimiento religioso ha sido manantial fecundo é inacabable de inspiración poética, hablando de inspiración cristiana se habrá dicho todo para dar á entender lo que en el mundo de la literatura significa y vale un ideal sobre todo ideal.

No necesitamos esfuerzos grandes, ni salir de la propia casa, para encontrar confirmadas estas primeras ideas que apuntadas quedan; en el fondo de la poesía castellana, desde sus orígenes y á lo largo de su desenvolvimiento en la historia, palpita y vive el espíritu cristiano animando y dando cuerpo á esos otros ideales de caballería y amor á la patria, siempre cantados por nuestros vates. De la figura del Cid ha podido decirse que es la personificación de esas tradiciones gloriosas conservadas y transmitidas en la literatura española en sus diversos períodos; pero más que otra cosa es el Cid para la poesía la encarnación de los sentimientos reli-

giosos de su pueblo; es el caballero creyente, que resucita á cada paso en las letras castellanas, para mantener firme y robusto el nervio cristiano de la inspiración nacional. Y sin que esto valga de interrupción, ahora completemos el pensamiento principal iniciado, haciendo observar que ese espíritu cristiano que ha vivido siempre en el fondo de la poesía castellana, es el que ha producido el sinnúmero de cultivadores insignes y aventajados que tiene nuestra *lirica religiosa*; lírica religiosa que al llegar el siglo de oro alcanza grandes vuelos y extraordinario desarrollo presentándose una pléyade brillante de cantores, el coro de místicos y ascéticos que, en expresión feliz de un escritor contemporáneo forman la más luminosa constelación del cielo de nuestras letras (1).

¡El siglo de oro!.... el siglo de las grandezas, de los títulos encumbradores, de los días sin noche para España;

(1) El Sr. Pidal, en su discurso de recepción en la R. A. E. 1883.



es el siglo de la fe ardiente engendradora de Santos; de ciencia y arte selectos; de nobles y generosos impulsos. Y en ese siglo, en que todo renacía al soplo creador de la tradición cristiana, ¿cómo ha de causar extrañeza que salgan á luz excelentes poetas *lírico-religiosos*, y que algunos, de entre ellos, no habitando ya con los hombres, sino escalando mansiones celestiales, allí quisieran buscar para adorno y gala de las letras patrias la más delicada y preciada flor, la mística; mística del siglo xvi, espléndida, de riquísimo sabor, de mérito imponderable, un como rebosamiento de vida íntima y comunicativa con Dios?

Ahí están nuestros líricos, místicos y ascéticos de aquel período, desfilando en larga y nutrida serie, mereciendo universal renombre, y haciendo enmudecer á las literaturas extranjeras con las exuberancias de su inspiración; basta traer á la memoria á un Juan de Avila, con aquella sencillez de corazón que habla en sus *Cartas Espirituales*, con aquella energía y gravedad de su ca-

rácter; á un Fray Luis de Granada, señor de la lengua castellana, que revisió el *decir de los místicos* con aquella abundancia y fluidez de su estilo, aquel brillar de sus imágenes, aquella su fascinadora elocuencia; y al incomparable Maestro Leon, y Malón de Chaide, y San Juan de la Cruz, y Santa Teresa, y Juan de los Angeles, Estella, Lope de Vega, Venegas, Zárate, Rivadeneira, y otros tantos, cuyos nombres son cifras que todos entendemos, expresión de fisonomías que no se confunden.

Mas para mi propósito, en el presente humilde ensayo, he de concretarme y reducirme de tal manera, que, fijando solamente la atención en la poesía mística (género literario al que, juntamente con otras derivaciones de la poesía sagrada, nos hemos referido usando la denominación de *lírica religiosa*), nuestro estudio ha de limitarse á una de esas figuras sobresalientes que esmaltan con sus obras las páginas doradas de la literatura patria; tenemos que hacer resaltar en el cuadro de la mística castellana un solo personaje, inte-



resantísimo en grado sumo, y digno, sin duda, de mano más hábil y experta que la nuestra para trazar con acierto sus delicadas líneas.

Y ya que de paso y por incidencia se ha dado alguna explicación de términos, sépase también, aunque fácil ha de ser deducirlo de cuanto en este *Estudio* se contenga, que, si debido á la índole del asunto, parece que no distinguimos entre poesía mística y poesía cristiana, como si ambas voces tuviesen el mismo significado, no entendemos que así sea, no obstante que, para nuestro particular objeto, venga por tal medio á expresarse que, si en el Cristianismo tiene su vida propia y de pureza el misticismo poético, no es posible olvidar esta observación cuando San Juan de la Cruz ha de ser la figura sobresaliente, el personaje interesantísimo, el poeta singular que en el cuadro de la mística castellana concentre todo nuestro pensamiento.

Y basta, en verdad, que se intente hablar de la *lirica religiosa*, de la mística poética castellana, para que aso-

me á los labios el nombre de Juan de la Cruz, colocado en la cumbre de la vida contemplativa, á donde ningún otro pudo llegar ni aun en seguimiento de sus huellas, y síntesis de cuanto el corazón humano ha podido declarar, con armonías nunca gustadas y por superior iluminación, de las excelencias y bondades del amor divino.

Yo no conocí, diré, como de Santa Teresa escribía el autor de *Los Nombres de Cristo* (1); yo no conocí á San Juan de la Cruz; yo no recreé mis ojos en aquellos ojos de mirar suave, en aquella frente ancha y espaciosa, ni contemplé aquel su aspecto grave, apacible y sobremanera modesto (2); pero tengo en mis manos sus obras, y sin haberle visto ni escuchado, y sin nece-

(1) En el *Prólogo* á la primera edición de las obras de la Santa.

(2) Véase *Compendio de la vida del B. Padre San Juan de la Cruz*, por el P. Jerónimo de San José: capítulo XX.



sidad de seguir á sus biógrafos para admirar lo extraordinario y santo de su vida, por sus libros, que son *testigos fieles é imágenes vivas*, sé que fué, más que hombre, un ángel, excediendo su grandeza de lo terreno, y que algo de sobrenatural y misterioso recubría su lenguaje, dando carácter á su poesía.

Y es, que si en toda clase de obras literarias deja el artista de la palabra señales de su genio y de su personalidad (de donde cabalmente proviene la obscuridad cuando se anda en busca y separación de elementos objetivos y subjetivos), y si en el lirismo, expresión de la belleza del propio sentir, se transparenta y dá á entender lo que el poeta es allá, en sus interioridades, en la poesía mística cristiana bien puede decirse que el alma vive y se agita en sus cánticos, que el alma del místico se descubre y revela tal cual es en el estado especialísimo de la comunicación íntima con Dios y de su aspiración sin descanso ni trégua á la unión extática; y todo con el sello individual y personalísimo del poeta que, en su ortodo-

xia, sabe no es la absorción panteística la que ha de coronar eternamente sus ánsias, sino una posesión de amor lograda por inefable conjunción de esfuerzo humano y dispensaciones divinas.

Subida del Monte Carmelo, Noche oscura del alma, Cántico Espiritual, y Llama de amor viva, he ahí los títulos de las obras principales de San Juan de la Cruz, en las que encontramos recogido su espíritu, vivo su corazón y animada su palabra; las cuatro forman el más completo tratado de mística Teología, con una ciencia del sér y del alma, y con un lenguaje poético, adecuado todo y propio del estado perfectísimo que supone el trato íntimo con Dios, Sér en absoluto perfecto. Y son á la vez estas obras los testigos fieles de la gran virtud y de la *celestes sabiduría* (1) de San Juan de la Cruz.

(1) La Iglesia dice en el Oficio del Santo: *Libros de mystica theologia coelesti sapientia refertos conscripsit, admirabiles pleni omnium iudicio.*



Un solo momento representan en el plan de la mística la *Subida del Monte Carmelo* y la *Noche oscura del alma*, y ambas composiciones pudieran reducirse á una que con propiedad llevaría cualquiera de los dos títulos, expresándose ya la relación de fin, ya la relación de medio á fin. Tanto en la *Subida del Monte Carmelo* como en la *Noche oscura*, se incluye toda la doctrina que después ha de tratarse, en ocho bellísimas canciones, colocadas al principio de estas obras, y cuyo sentido se explica y declara en el texto. Sirvenle estas canciones como el mismo Santo poeta dice (1), para fundar cuanto entiende ha de tratar, y en ellas contiene *el modo de subir hasta la cumbre del Monte, que es el más alto estado de la perfección, la llamada unión del alma con Dios*; y el camino de esa perfecta unión y los efectos admirables que causa en el alma que á ella ha llegado (2).

(1) Argumento de la *Subida del Monte Carmelo*.

(2) Argumento de la *Noche oscura del alma*.

De igual procedimiento se vale para la exposición del *Cántico Espiritual* y de la *Llama de amor viva*, empezando por las canciones que luego desenvuelve con anotaciones y comentarios.

Con una indicación así, general, de la prosa de San Juan de la Cruz hemos de contentarnos, pues mucho nos apartaría de nuestro pensamiento, y no ciertamente porque estuviera fuera de oportunidad, el análisis detenido y el estudio especial de todos esos comentarios con que declara y anota el intento y materia de sus canciones, ya al explicar cómo ha de pasar el alma por la *noche oscura* que la conducirá á la contemplación de Dios, libre y sin obstáculos, engolfándose en su amor, ya cuando se determinan y califican los efectos de la purificación venciendo en la *noche del sentido* los vicios y pecados, y en la *noche oscura del espíritu* sus fuerzas é inclinaciones naturales; ya también, y finalmente, al señalar las vías del ejercicio espiritual para llegar al último y más perfecto grado, á la unión íntima, *transformada ya el*



alma interiormente en fuego de amor.

Y se ha dicho que no ciertamente por ser asunto extraño y carecer de oportunidad, nos apartamos de un minucioso examen de los comentarios y ampliaciones; y así es en efecto, pues para presentar al doctor extático como poeta místico parecería incompleto cuanto se dijese, si los límites de este estudio lo permitieran, deteniéndonos tan sólo en la delectación de las canciones, que si poesía encierran sus rimas, bien merecen el mismo dictado las dulces y escondidas melodías de su prosa.

¡Quién me diera entendimiento y memoria para esos escritos! No una, sino muchas veces, de no caer en temeraria irreverencia, fuese necesario leerlos (¡y con qué sentido más despierto!) para no andar á tientas é inseguros por entre tanto misterio de sublime teología, y tan alta metafísica y psicología.

Bien sé que para empresa de tal magnitud, y aun para la que vamos intentando realizar, hay que sentir con el ardor que sentía el poeta místico por excelencia, si su lenguaje no ha de ima-

ginarse que pertenece á otro mundo y á otros hombres; no se oculta á nuestro pensar que sólo un alma privilegiada es capaz de tocar en las cimas á donde llegó el bienaventurado Juan de Yepes; y en el conocimiento propio, sinceramente confesamos que á pobres entendimientos como el nuestro, no les es dado abarcar la inmensidad por la que con majestuoso vuelo cruzó el celestial ingenio carmelitano. Séanos, pues, permitido descansar en aquella suavidad apacible con que supo San Juan de la Cruz avalorar sus místicas poesías.





I

G *nosce te ipsum* de la filosofía pagana, logrado á costa de tantos esfuerzos de la inteligencia en lucha con la limitación de sus alcances, causando al proclamarlo la escuela socrática como su principio una completa revolución en el mundo de las ideas é imprimiendo nuevas direcciones á la especulación racional con el planteamiento del problema antropológico, sirvió luego para que otras filosofías y otras escuelas fundamentasen en ese primer conocimiento el sistema general de la ciencia humana, y para que la doctrina de la verdad y de la luz, haciéndolo también suyo, lo llevase á la práctica de la vida como piedra de to-



que de la conducta moral. Pues bien; en el pórtico de la mística ortodoxa, y traducido al lenguaje cristiano, se ha escrito el *nosce te ipsum*, y el místico, antes de penetrar en el misterio de la identificación por amor de su alma con Dios, empieza por preguntarse: ¿quién soy yo?; y cuando sabe que es nada, se interroga: ¿quién es Dios?; y al maravillarse de la infinitud de El que es, lleno de asombro y confusión santa, se dice: ¿cómo Dios y yo somos una misma cosa? Por donde, de lo dicho, puede venirse en deducción de los tres puntos capitales de que habla San Buenaventura al señalar los términos del arte de la mística; es la misma doctrina de San Dionisio Areopagita (1) cuando recomienda que *en el ejercicio interno de la contemplación* se ha de comenzar por la abstracción de los sentidos y operaciones intelectuales, subiendo, sin que nada distraiga al alma, á la *unión con Aquél* que es sobre todo esencia; y es, finalmente, el camino que San Juan de

(1) *Mística Teología*, cap. I, párrafo 1.º

la Cruz (1) dejó trazado en sus composiciones poéticas, como haremos notar en el desenvolvimiento de nuestro estudio.

El místico ha de partir del conocimiento de sí mismo, como el filósofo y el moralista. Y no temo decir que á semejanza del filósofo, porque si bien sé que *es el misticismo ciencia y experiencia de lo sobrenatural* (2), no he de negar filosofía al místico, ni dar por este lado armas al racionalismo para que, contra toda verdad, discuta y no quiera reconocer en el misticismo cristiano el ejercicio de la razón. Precisamente aplicándose al conocimiento de Dios, del hombre y del mundo, y por sus luces naturales va engendrándose el místico. Es doctrina del mismo San Juan de la Cruz, de quien, como si no fuera bastante lo que en sus obras se lee, fundado en los principios de Aris-

(1) Véanse los capítulos V y VI de la *Noche oscura*, lib. II.

(2) El docto Sr. Ortí y Lara en el *Prólogo á las obras del V. P. San Juan de la Cruz*, edición de 1872.



sas y el sér infinito, y considerando á toda hora la Bondad, la Justicia, la Providencia, la Eternidad, la Sabiduría, la Misericordia de Dios, despiértase en su corazón el afecto tiernísimo del amor; ama y desea con ansia la posesión del Amado, no descansa sino en la unión á Él, y entrando por la *noche oscura* del sentido, pasa por la desnudez de sus apetitos *acerca de todas las cosas exteriores del mundo y de las que eran deleitables á su carne, y también de los gustos de su voluntad* (1), pues así es necesario para llegar á tal sublimación y estado tan perfecto. Y *sosegada ya la casa*, amortiguados y dormidos los gustos, con esa desnudez que *no consiste en el carecer de las cosas*, sino en la falta de *voluntad de ellas* (2), el alma, por venturosa dicha, sale á la *noche de la fe*, que también es noche la fe para el entendimiento, por ser *oscura, y sin ser notada*, sin que nada se lo impida se dirige, inflamada en ansias

(1) *Subida del Monte Carmelo*, cap. I, lib. I.

(2) *Idem*, cap. III, lib. I.

de amor, á Dios, que *por ser incomprehensible y infinitamente excedente*, se puede decir es noche, pero ya *inmediata á la luz del día*, es como *el despedimiento de la noche oscura* (1).

El poeta ha encontrado manera sencilla y peregrina para expresar los sentimientos de su alma mística:

En una noche oscura
Con ansias en amores inflamada
¡Oh, dichosa ventura!
Salí sin ser notada
Estando ya mi casa sosegada.

Ha rasgado suavemente el aire, y libre del *cercos y sujeción de los apetitos naturales*, halla el alma su *quietud y descanso*, porque *no codiciando nada, nada le fatiga hacia arriba y nada hacia abajo la oprime*; y colocada en este centro, para gustarlo y saberlo todo, nada quiere gustar ni saber, y para poseerlo todo no quiere tener nada (2).

No se ha de quedar en este sosiego y

(1) *Subida del Monte Carmelo*, cap. II, lib. I.

(2) *Idem*, cap. III, lib. I.



quietud el alma que ha roto el cautiverio del cuerpo, y que *va de vuelo*; por eso se interna en la segunda noche, la del espíritu, más que noche, *escuridad*, pues por oscura *que una noche sea, todavía se ve algo, pero en la escuridad no se ve nada* (1). Aquí, en la *Noche de la Fe*, que ha de abrirse con el acercamiento de la luz, no hay entendimiento ni razón como en la privación y noche del sentido; todo es tinieblas, y de ahí que sea aún mayor la ventura y la dicha que ahora canta el alma al vestirse con la Fe y desnudarse de las imperfecciones espirituales:

A oscuras, y segura
Por la secreta escala disfrazada,
¡Oh, dichosa ventura!
A oscuras, y en celada,
Estando ya mi casa sosegada.

Y sale el alma *disfrazada*, para que no siendo conocida nada pueda oponerse é impedirle en su camino, y así, *segura* y bastándole *la afirmación de las*

(1) *Subida del Monte Carmelo*, cap. I, lib. II.

potencias y de todos los gustos y apetitos espirituales en pura fe (1), sube las gradas de misteriosa escala que *penetra hasta lo profundo de Dios*.

Tiene el lenguaje de San Juan de la Cruz algo que, á pesar de su ininteligible superioridad para quien no habita en el mundo de la comunicación divina, despierta el sentido y aviva las potencias del alma; algo que á modo de resorte secreto, de intérprete hábil, nos hace entender y gustar de las cosas espirituales, siquiera tengamos que quedarnos tan abajo y tan menguados siempre. La *reformaçión y enfrenamiento del apetito*, que así dice San Juan, debiera llamarse la noche del sentido (2), no parece podía encontrar más propia figuración que la de una noche oscura, y por noche la hemos tenido, conduciéndonos á través de ella el místico espíritu de San Juan de la Cruz con el mágico poder de su palabra; nos ha llevado también por entre

(1) *Subida del Monte Carmelo*, lib. II, cap. I.

(2) *Noche oscura*, lib. II, cap. III.



la obscuridad y tinieblas de la fe, haciéndonos entender como si la dichosa noche del espíritu *escurece* á éste, *no lo hace sino para darle luz de todas las cosas, y aunque le humilla y pone miserable, no es sino para ensalzarle y libertarle, y aunque le empobrece y vacía de toda posesión y afición natural, no es sino para que divinamente pueda extenderse á gozar y gustar de todas las cosas de arriba y abajo, siendo con libertad de espíritu general en todo* (1). Ya nos ha dominado el deseo de que el alma se apresure á pasar por esa otra tercera noche, de que llegue el *ante lucem*, principio del día, momento primero de ilustración sobrenatural que ha de consumarse en aquel momento de eterno gozar, de la perfecta unión con Dios; y eso es lo que ahora canta el poeta, abismado en la contemplación, adelantando por la soledad y el secreto, sin estorbo ni tropiezo, fija su mirada en el foco y centro

(1) *Noche oscura*, lib. II, cap. IX.

de su vida, y guiado solamente por la luz de la fe y la llama del amor.

En la noche dichosa
En secreto, que nadie me veía,
Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz ni guía
Sino la que en el corazón ardía (1),
Aquesta me guiaba.
Mas cierto que la luz del medio día,
A donde me esperaba,
Quien yo bien me sabía,
En parte donde nadie parecía.

¡Quien yo bien me sabía! No pasemos de aquí. El alma mística ha llegado á la contemplación de Dios *caminando con la fe*, y ha llegado á conocerle en toda su realidad infinita (2), como cen-

(1) Con esta tercera canción concluye la materia que se declara en la *Noche oscura*, de cuyo libro diremos aquí que puede considerarse como una exposición didáctica de la mística; y así lo hace entender cierto carácter de dirección ó educación mística que en su lectura se observa fácilmente; enseñanza para los principiantes, aprovechados y perfectos, que tales son los grados de la vida contemplativa correlativos con las tres noches para la unión del alma con Dios.

(2) *Subida del Monte Carmelo*, lib. II, capítulo XI.



tro en que halla descanso y reposo. Sí, en Dios únicamente está ese centro para el místico, como lo está para toda vida y para todas las aspiraciones del corazón humano, inquieto siempre hasta no encontrar en Él la paz y el sosiego. Y en esa contemplación de Dios por la fe, el místico espera la unión de amor, gozando anticipadamente de la visión beatífica; que condición es esta de la virtud de la esperanza.

Pero adviértase que hablamos de Dios, no como idea abstracta del sér absoluto, ni como *Nirvana* en que toda existencia existe para no existir ninguna; que no nos referimos al *Uno* indeterminado, ni á la precepción de la substancia única, eterna y sin límites. Hablamos de Dios, Sér real sobre todo sér y sobre toda realidad; de Dios substancial y con atributos esenciales (que, infortunio fuera para el hombre no serle dado predicar de Dios Bondad, Belleza y Verdad, por estar tomadas estas nociones de nuestra imperfecta condición, y formadas por semejanzas y deducciones, por los procedimientos

lógicos de nuestra limitada inteligencia) (1); nos referimos á la contemplación de Dios, Oceano inmenso de amor, Dios bondad suma, Dios comunicándo-

(1) Decimos esto porque conviene hacer hincapié y salvar, en este punto, la objetividad de nuestros conocimientos; no es recomendable á nuestro pobre juicio, tratándose del conocer á Dios (en la condición de la vida actual) el método llamado *per ablationem*, respecto á aquellos mismos atributos que se han afirmado de El; pues es impropio modo é inutil el negarlos para querer decir que no se aplican á Dios con la imperfección que lleva consigo todo concepto humano. Á mí nunca me ha ocurrido pensar que la bondad en Dios tiene ó implica imperfección alguna, porque por abstracciones me haya elevado á esa idea, y porque con ese mismo nombre designe la cualidad de existir en los séres y la finalidad de las acciones humanas; siempre he creído que aquella bondad es una realidad infinita, que es sobre toda bondad, y que la de nuestros actos y de nuestro sér se mira en Ella como en su tipo y modelo perfecto, y lo mismo de toda belleza y verdad. Jamás se me ocurrirá decir *per ablationem* que Dios no es Bondad, cuando mi razón y mi fe me dicen que es la Bondad misma, y cuando á Ella tiendo por irresistible impulso depositado en mi voluntad.

La cuestión es interesante, pero aquí incidental; basta, pues, con lo dicho.



se al corazón humano, Dios redentor, que no otra es la fuente de la que á raudales recibe la gracia el alma del místico, y su poesía el cantor de las delicias espirituales, de los arrobamientos y éxtasis de amor.

Solo Dios basta, decía la ínclita Santa Teresa (1), y nuestro poeta San Juan de la Cruz cantaba:

Mi alma está desasida
De toda cosa criada
Y sobre sí levantada
Y en una sabrosa vida
Solo en su Dios arrimada. (2)

Sabrosa vida, gozar suavísimo y sin medida de tiempo, que entreveía Fray Luis de León cuando después de admirar la belleza y el orden de la creación, todo le hacía pensar en la Divinal hermosura del Creador, todo le hacía subir más alto, y exclamaba:

No quiero desde hoy más amor del suelo (3).

(1) En las máximas que escribió en un registro de su Breviario.

(2) *Devotas poesías.—Glosa á lo divino.*

(3) "Y pues toda la tierra
Tan fea me parece viendo el cielo.

Y si por lo tocante al conocimiento que de Dios logra el místico en la contemplación, ha podido apreciarse cuán á distancia se coloca el místico ortodoxo de los errores panteísticos, no hay que temer se disminuya y aproxime en ese no haber más que Dios y su alma con Dios, que compendia y resume todo cuanto puede disertarse acerca de la vida mística; en ese no haber más que Dios y su alma con Dios, cantado con tanta expresión y afecto por San Juan de la Cruz al ensalzar la venturosa noche de la fé, *noche amable más que el alborada*, noche que juntó

Amado con amada,
Amada en el Amado transformada.

No ya sólo aquí, donde claramente se adivina el sentido místico de la frase, si que también en otros pasajes y

Y todo lo que encierra el estrellado velo.
No quiero desde hoy más amor del suelo.

De la *Lira en loor y honra de Dios Nuestro Señor. Tomando ocasión de las criaturas.*



aun en los éxtasis y arrobamientos de contemplación, como San Juan de la Cruz y Santa Teresa (1) especialmente

(1) Léase lo que á este propósito se encuentra en la *Declaración del Cántico Espiritual*.—Canc. XIII.—*Noche oscura*: cap. V.—*Llama de amor viva*: declaración del verso VI. (Véase también lo que Santa Teresa escribe á los capítulos XVIII y XIX del *Libro de su vida*).

El P. Scaramelli, S. J., resume en parte su doctrina acerca de estas materias, diciendo "que con la unión perfecta y estable (alude á la unión mística), se compone muy bien en un alma la potencia libre de pecar y una cierta inseparabilidad de Dios, que las escuelas llamarían consiguiente, lo cual nada perjudica á la libertad de la criatura racional,.. (*Directorio místico*.—Tr. III —Capítulos XXI y XXIII).

Palabras son de San Juan de la Cruz al tratar en el lib. II, cap. V de la *Subida del Monte Carmelo*, de qué cosa sea unión del alma con Dios, y distinguir la unión de presencia sustancial que siempre hay en todas las criaturas, de la unión y transformación por amor, unión de semejanza, las siguientes: "La cual (la unión de amor) es cuando las dos voluntades están en una conformes, no habiendo en la una cosa que repugne á la otra,.. Así quedará el alma transformada en Dios por amor... sin tener en sí alguna mezcla de imperfección, y así se pue-

enseñan, no hay aniquilamiento ni absorción del alma en la substancia divina, ni siquiera verdadera vida aparte del cuerpo, pues continúa informándole y rigiéndole, y ella con la plenitud de acción de sus potencias.

El concepto de un Dios personal y providente y la conciencia del alma individual y libre; la idea de la perfección absoluta en Dios, y la convicción de la propia pequeñez y miseria en el hombre, son verdades y principios que nunca se olvidan en el misticismo cris-

de hacer pura transformación por participación de unión, aunque no esencialmente... y el alma más parece Dios que alma, y aun es Dios por participación, aunque ES VERDAD QUE SU SER NATURAL SE LO TIENE TAN DISTINTO DEL DE DIOS COMO ANTES, AUNQUE ESTÁ TRANSFORMADA.

No molestaremos con más texto: para la inteligencia de algunos términos, que como el de *aniquilación* del alma pudieran atribuirse ó aplicarse á la enseñanza mística de San Juan de la Cruz en un sentido impropio, nos remitimos á los *Apuntamientos y Advertencias* del P. Fr. Diego de Jesús (Salablanca en su *Discurso primero*).



tiano; y faltando alguno de ellos, ciertamente no nos explicaríamos la razón que pudiera alegar la mística para su existencia. Véase cómo no hay que afanarse mucho para demostrar que el panteísmo concluye con la mística; es incompatible con ella.

Ocasión oportuna y coyuntura propicia sería ésta si no hubiera tanto camino por recorrer, para detenernos en confirmar las excelencias del misticismo ortodoxo sobre cualquier otro misticismo sostenido por una filosofía y una religión más ó menos alejadas de la verdadera filosofía y de la verdadera religión. Sea bastante, para nuestro objeto, lo que dejamos dicho, repitiendo sin cansancio un legítimo axioma que puede aprenderse con la lectura de las obras de San Juan de la Cruz; y es, que sólo el misticismo cristiano, en donde el alma encuentra dilatados sus horizontes y colmadas sus ansias, es el que puede engendrar y dar calor á una poesía que hace al poeta intérprete de coloquios de amor entre el Creador y la obra predilecta de sus manos; que

los ideales cristianos son los únicos que saben inspirar sublimes concepciones, afectos tiernos y purísimos.

No tengo por ociosa la repetición de eso que acabo de apellidar axiomático, ni está demás el decir que puede aprenderse en las obras de San Juan de la Cruz; pues todo esto, sirviendo de conveniente transición, nos conduce muy á punto á reanudar la exposición de las *Canciones* por donde ahora toca hacerlo. Y no causará fatiga que para ello de nuevo paladeemos aquella:

Oh noche que guiaste,
Oh noche amable, más que el alborada;
Oh noche que juntaste
Amado con amada,
Amada en el Amado transformada.

Pues bien, en este paralelismo y comunicación íntima que ha empezado á gustar el alma, cuando *vacía, perfecta y voluntariamente de todo lo que puede caber en ella*, y con luz y guía que alumbra más y lleva más alto que su razón, sale de sí *entendiendo, sintiendo y gustando* de Dios, y por *gracia* y



amor va descubriendo sus perfecciones infinitas, algo de lo que *ni ojo jamás vió, ni oído lo oyó, ni cayó en corazón ni pensamiento de hombre, y que Dios tiene preparado para los que le aman* (1); en este paralelismo y comunicación íntima, decimos, el poeta, que es el alma hablando, atesora en su fantasía los más ricos colores y los más delicados tonos en su lira; en su corazón las finezas del sentimiento, y giros, y modos, y descripciones para su lenguaje que, si pueden parecernos orientales, de donde vienen es del cielo.

En mi pecho florido
Que entero para él sólo se guardaba,
Allí quedó dormido,
Y yo le regalaba,
Y el ventalle de cedros aire daba.
El aire de el almena,
Cuando ya sus cabellos esparcía
Con su mano serena,
En mi cuello hería,
Y todos mis sentidos suspendía.

Más viveza y energía, sin decaer el

(1) Vid. *Subida del Monte Carmelo*, lib. II, cap. IV.—El texto, de San Pablo, I ad Cor. 29.

mismo espléndido estilo alegórico, ha de notarse llegando á la última de estas canciones, expansión del alma que viene como á consumarlo todo con la vehemencia y ardor de sus deseos y la secreta dulzura de sus afectos, coronamiento digno para tantas bellezas vestidas con la fina labor de un hermoso ropaje.

Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.

Si, refiriéndonos á la mística poética de San Juan de la Cruz, alguna vez creemos andar cuerdos y acertados, es cuando confesamos que no cabe otra cosa sino prestarle el testimonio de reverente admiración debido siempre á poesía tan alta, angélica, celestial y divina; pues como dice el Sr. Menéndez y Pelayo (1), no parece ya de este mun-

(1) *De la poesía mística*.—Discurso de recepción en la Real Academia Española, 1881.



do, ni es posible medirla con criterios literarios. Acaece aquí al crítico y al literato, lo que á los agiógrafos para entender de la santidad en aquel grado y persona objeto de su atención, grave aprieto y no pequeña dificultad si no son también Santos: el alma mística de San Juan de la Cruz, entrando en *la batalla de la vida espiritual*, ha ganado los *siete grados de amor* en lucha con la bestia del Apocalipsis, y á sus empujes han flaqueado las armas enemigas, y han ido cayendo una á una las siete cabezas del mónstruo (1); el alma mística de San Juan de la Cruz ha llegado á la unión estática corriendo holgadamente por las sendas de la espiritualidad y vida contemplativa; ha subido libre de sus aficiones, por la *secreta escala disfrazada* (2) hasta lo último y más alto de ella donde *estriba*

(1) Vid. *Subida del Monte Carmelo*.—Libro II, cap. XII.

(2) *Noche oscura*.—Libro II, Caps. XIX y XX en los que se explican los diez grados de la escala mística de amor divino, según San Bernardo y Santo Tomás.

Dios y nada hay encubierto, y allí, engolfándose en el centro de su esfera, ha llenado su corazón de divino amor y luego ha entonado sus canciones. ¿Quién será capaz de juzgar lo que dicen, con juicio y entender de hombres?





II

EL místico, decíamos al comenzar, parte del conocimiento íntimo de donde tanto provecho procede para el alma *como de su origen y fuente*, y tiende al conocimiento de Dios, al que le conduce la Fé, recibiendo el alma iluminación de las *grandezas y excelencias* divinas, al propio tiempo que advierte *las miserias y bajezas* suyas (1); ha entrado ya, añadiremos ahora, en el *servicio de Dios*, y avanzando por *las vías del ejercicio espiritual* no ha de prolongarse mucho

(1) *Noche oscura*.—Libro I, cap. XII, Lib. II, capítulos V y VI. Pueden citarse en apoyo de los conceptos que hemos emitido acerca de la mística en general.



su pena, que á la mano está aquella playa deleitosa de la unión de amor, del estado perfectísimo del *matrimonio espiritual* (1); sus velas desplegadas no tienen otro norte ni otra mira. El místico se ha preguntado: ¿cómo Dios y yo somos una misma cosa? y le ha sido dada inteligencia de ello, y el Espíritu del Señor ha hecho morada en su alma, informándole de su amor, para que éste sea el brazo fuerte al que nada se resista ni oponga, y para que todo sea vida y obra suya. Obra del amor es, sí, la herida abierta en el alma, que la hace salir en busca del Amado, *querellándose de su ausencia, pues no tiene claridad ni certeza de la posesión del Esposo en esta vida*; obra del amor es, que *no bastándole medianeros* que lleven el *secreto del corazón* á Quien ha de saberlo, el alma que *adolece, pena y muere* se entregue á *las virtudes y prácticas del espíritu*, asegurándose en el conocimiento de sí, y sin despreciar las *noticias* que las criaturas le dan

(1) Argumento del *Cántico Espiritual*.

de aquella Hermosura que todo lo deja vestido de sus gracias; obra del amor es, que padezca y sufra el alma más cuanto más se acerca á Dios, hasta que, siguiendo en su querella, se *vuelve al Esposo*, se pone en sus manos, recibe un *rayo de luz sobrenatural*, y es recogida, *como paloma en el arca*, en el *amor y caridad del Amado*; allí, es obra también del amor, el que acabe de sufrir y penar para nunca concluirse los goces y deleites del *desposorio espiritual*, ni marchitarse las gracias, ni cesar los dones de la comunicación entre Dios y el alma; estado dichoso que se consolida en el *místico matrimonio*, vestida el *alma de Dios* y *bañada en su Divinidad*, y llamada *Esposa* porque tiene *amor perfecto*, gozándose en el esposo, asemejándose con Él y poseyendo sus secretos (1).

(1) Fundado en la declaración y anotación que precede á cada una de las cuarenta canciones del *Cántico espiritual*, y fijándome en lo más esencial, que señalo con palabras textuales, presento así en síntesis el pensamiento místico que desarrolla San Juan de la Cruz.



Tales prodigios del amor místico son el asunto que San Juan de la Cruz explica en su *Cántico Espiritual entre el alma y Cristo su Esposo* (1), declarando *varios y tiernos afectos de oración y contemplación en la interior comunicación con Dios*; "*Cántico Espiritual*", que es la más hermosa paráfrasis del "Cantar de los cantares", inspirada en aquel divino epitalamio que simboliza proféticamente los desposorios de Cristo y su Iglesia, tomando del alegorismo bíblico la *significación mística y psicológica de la unión del alma con Dios* (2). Y por ser tal la alteza y calidad de las cosas que se tratan, y tan cierta, por otro lado, la adverten-

(1) El original se conserva como reliquia en el convento de Carmelitas Descalzos de Jaen. Con algunas alteraciones en el orden y mutilado en varios lugares, se incluyó en las ediciones anteriores á la publicada en Sevilla el año 1702, y en la cual aparece corregido y completado el texto.

(2) Del Sr. Valera, en el Discurso de contestación al Sr. Menéndez Pelayo en la recepción de éste en la R. A. E.

cia de San Juan de la Cruz de que *ignorancia sería pensar que los dichos de amor é inteligencia mística con alguna manera de palabras se puede bien explicar* (1), es necesario recurrir á *figuras, comparaciones y semejanzas* para que en ellos pueda contenerse algo de lo mucho en que abunda el corazón místico del poeta, que ni él mismo que lo siente puede ni sabe declararlo con razones.

Cuál ha de ser el impetu y fuego de estas *canciones* escritas con *fervor de amor de Dios*; qué afectos de tanta suavidad y delicadeza los que en ellas se respiren; qué alientos los del corazón amante; qué regalos y generosidad por parte del Amado; qué facilidad y gracia la del estilo, y qué significación y pureza la de las palabras, cosa es que sin decirla expresamente, puede saberse. Quédense, pues, *los dichos de amor* en toda su *anchura*, y cada uno se *aproveche de ellos*, oyendo al poeta, *según su modo y caudal de espíritu*,

(1) Prólogo del *Cántico Espiritual*.



que preferible es esto á un sentido que no se avenga ni acomode á todo paladar (1); pero cuídese muy bien de entenderlo todo en el espíritu de amor y sencillez en que está moldeado, pues de otra suerte, perdida la orientación, no se dará un paso en seguro, se juzgará con mezquindad y torcidamente de su valor y mérito, no se gustará del sentido místico, profundamente psicológico y lleno de encantos, de verdad y de belleza, se tendrán por frías y muertas las animadas y vivas descripciones, por mudos los expresivos cuadros, por oscuridad lo que es luz, por humano lo que es divino, y el alma grande del poeta pasará como encubierta y sin ser conocida ni admirada.

Dispuestos con ese espíritu de amor y sencillez, y de inteligencia mística, hasta donde pueda llegar nuestro esfuerzo, y levantados de corazón, oigamos cómo principia el alma su querella al sentirse herida de amor y salir en busca del

(1) Vid. el Prólogo al *Cántico espiritual*, ya citado.

Amado, pues ha de padecer su ausencia en esta vida mortal sin tener la *clara visión y presencia* de Dios, que ahora desea, y en la que ha de ser ratificada en la otra (1). Por eso dice:

A dónde te escondiste
Amado, y me dejaste con gemido,
Como el ciervo huiste (2),
Habiéndome herido;
Salí tras tí clamando, y ya eras ido.

Así desata el corazón su lengua, despidiendo el alma esta amorosa queja al ser herida *de escondidos toques* con que Dios la visita para aficionar su voluntad (3); amorosa queja, llamamiento que oirán los *pastores* aquellos que la *apacientan de bienes espirituales* (4), y

(1) Declaración de la Canc. I, verso *¿A donde te escondiste?*

(2) *Similis est dilectus meus caprae, hinnuloque cervorum*, dice la Esposa del Esposo en el Cant. Cant. 2, 9.

(3) Prólogo del *Cántico espiritual*.

(4) *Llamando pastores á sus descos y afectos y gemidos por cuanto apacientan al alma de bienes espirituales.*—Decl. Canc. II.



que ella va repitiendo por *montes y riberas* sin que nada distraiga su atención ni la detenga, pues ni *cogerá las flores, ni temerá á las fieras y pasará los fuertes y fronteras* (1); su *adolescencia* y *muerdo* hará romper el silencio á la naturaleza; y el artista, inspirado del cielo, hallará en el mudo lenguaje de las criaturas, rasgos magníficos de la hermosura y grandezas de Dios.

Oh bosques y espesuras,
Plantadas por la mano del Amado,
Oh prado de verduras,
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado.

.....
Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando
Con sólo su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

Mirar de Dios que, si dejó acabadas y perfectas todas las cosas que salieron de sus manos, y vestido de alegría el

(1) Declaración del verso *Habiéndome herido*.—Canc. I.

Universo todo, ha dado también vida y expresión á las palabras del poeta, las ha engalanado con sus gracias para que sepan proclamar su gloria.

Pero esas comunicaciones que, por las criaturas, recibe el alma de su Amado, no aquietan su apetito, pues ese más inmediato conocimiento que de Él tiene aumenta más y más el fuego de su amor y ahonda el pesar de la ausencia; y como lo que apetece y quiere es el todo, la posesión perfecta, y de eso no le dan noticias, exclama (1):

No quieras enviarme
De hoy más ya mensajeros
Que no saben decirme lo que quiero.

Y la herida de amor se hace llaga, porque en otro orden más superior, cuanto los ángeles y los hombres enseñan al alma de su Amado, más de Él la

(1) Es decir, *obrando el bien y mortificando en sí el mal*, sin que se detenga en los deleites y gustos naturales, venciendo las dificultades que puedan *impedirla en el derecho camino de Cristo*.—Decl. de la Canc. III.



enamoran y la dejan muriendo con *un*
no sé qué,

que quedan balbuciendo (1).

.....
Mas ¿cómo perseveras,
Oh vida, no viviendo donde vives?

.....
.....
¿Por qué así la dejaste,
Y no tomas el robo que robaste?
Apaga mis enojos

.....
Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura;
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.

San Juan de la Cruz hace sentir con su alma aquel desasosiego y dolor en que vive, sin hallar alivio ni curación para sus penas, y que le hace volver á su querella; *véante mis ojos*, dice entregándose á su Amado, pues *sólo para tí quiero tenellos*, que así acabará y tendrá término este vivir muriendo que

(1) Decl. de la Canc. VII.

no es vida; rasga ¡oh fe! tu velo y refleja en tus *semblantes plateados*,

Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados! (1)

De Dios se alcanza todo por amor, dice el santo poeta (2), y el alma mística, por su amor tan fervoroso y fuerte, ha merecido los *primeros rayos de la Divinidad* por que tanto ha suspirado, y que al recibirlos la hacen pasar por *arrobamientos y éxtasis* (3):

Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

El Amado la detiene:

Vuélvete paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el Otero asoma
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

(1) Declaración de las canciones VIII, IX, X y XI.

(2) Decl. de la Canc. I.

(3) Decl. de la Canc. XIII.



Un pensamiento del más escondido y místico sentido es el que se transparenta aquí, á través de cada frase del alegorismo más original y bello: el amor de Dios á su criatura, que le hace acudir como *ciervo herido al gemido de la Esposa*, y la detiene, dándose á conocer en las *alturas de la contemplación*, con *asomadas* no más, que otra cosa no son cuantas noticias adquiere el alma en esta vida (1).

Con este vuelo del alma, se *denota un alto estado*, el momento *de los desposorios espirituales*, que ha sonado ya en el plan de la teología mística; y en este venturoso *principio de unión comunica Dios al alma grandes cosas de sí, hermoseándola de grandeza y majestad*, que para cantarlas se han agrupado, al silbo poderoso del poeta, las armonías todas distribuidas por la Hacedora Mano en la universal creación. Siéntese el alma en una quietud no perturbada por causa de males; á las querellas y ansias de amor ha su-

(1) Declaración de la Canc. XIII.

cedido la paz, el deleite y la suavidad; y las montañas elevadas, anchas y hermosas, graciosas, floridas y olorosas, los valles solitarios, quietos, amenos, frescos, umbrosos de dulces aguas llenos, con sus arboledas; y el suave cantar de las aves, las insulas extrañas con toda su novedad, los ríos sonoros, los aires amorosos,

La noche sosegada
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena, que recrea y enamora (1),

todo es figura de la abundancia de bienes, de la *inestimable refección* de amor que goza el alma mística.

¿Qué podrá decirse ya, que sea nuevo, de esa poesía, *piña de rosas, de ámbar perfumadas*, por la que corre lozanía, y frescura, y fragancia exquisita?

.....
.....
Detente, cierzo muerto;

(1) Declaración de las Canc. XIV y XV.



Ven, Austro que recuerdas los amores,
Aspira por mi huerto,
Y corran tus olores,
Y pacerá mi Amado entre las flores.

El alma que va *por insulas extrañas* se aflige por ausencias del Amado en el desposorio espiritual; *pero limpia y purificada* por entero, se ha entrado ya la Esposa en *el ameno huerto deseado*, en posesión de *paz y tranquilidad* del Esposo, y se ha consumado la unión de amor, el místico matrimonio del alma con Dios.

.....
A las aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas,
Aguas, aires, ardores,
Y miedos de las noches veladores:
Por las amenas liras
Y cantos de sirenas, os conjuro
Que cesen vuestras iras,
Y no toquéis al muro,
Porque la Esposa duerma más seguro (1).

(1) Canciones XVIII, XIX, XX, XXI, XXII.
—Decl. de las can. XVII, XX y XXI.

Esta unión, dice Santa Teresa (1), es *como si cayera agua del cielo en un río ó fuente á donde queda todo hecho agua, que no podrán ya dividir cuál es el agua del río ó la que cayó de! cielo; y quizá sea esto*, añade, *lo que dice San Pablo (2): que el que llega á Dios se hace un espíritu con Él; unión divina que canta el alma gozándose en el Amado, flor del campo y lirio de los valles (3):*

Nuestro lecho florido
De cuevas de leones enlazado,
De púrpura teñido,
En paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.

Las virtudes todas son esas flores que adornan el lecho, *lectulus noster floridus* (4); la fortaleza y seguridad de cada virtud se representa en esas *cue-*

(1) Morada VII, cap. II.

(2) *Qui adhaeret Deo, unus Spiritus est cum eo.*—I ad Cor. 6, 17.

(3) *Ego flos campi, et lilium convallium.*—Cant. Cant. 2, 1.

(4) Cant. Cant. 1, 15.



vas de leones, que las protejen y defienden del asalto enemigo. Y están entrelazadas las virtudes, constituyendo así la perfección del alma; y teñidas en púrpura, símbolo de la caridad en las Sagradas Letras. El lecho es lecho de *paz edificado*, porque la paz reina con todas las virtudes, y éstas son las flores que allí viven, sirviendo de *mil escudos* que forman luciente corona del alma (1).

Y por no traer todas las *canciones* del alma en el inefable consorcio de amor y comunicación con Dios, en sus recreaciones y deleites, me limitaré á aquella primorosa estrofa:

De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas
Haremos las guirnaldas
En tu amor florecidas,
Y en un cabello mío entretejidas.

Y aquel rasgo inolvidable con que el alma ataviada de todas las galas y ves-

(1) Dec. de la Canc. XXIV.—En el *Cantar de los cantares* se lee: *mille clypei pendent ex ea*.

tida de variedad de virtudes *pareciendo Dios y Dios el alma por amor* (1), atribuye al Amado, por ser cualidad esta del amor perfecto (2), todo lo que en sí halla de grande y hermoso.

Cuando tú me mirabas
tu gracia en mí tus ojos imprimían.

Y no cerraremos el *Cántico Espiritual* sin antes recordar aquel

Gocémonos, Amado,
Y vámonos á ver en tu hermosura
Al monte y al collado,
Do mana el agua pura.
Entremos más adentro en la espesura,

con el cual, hecha ya la perfecta unión, el alma quiere empezar á ejercitarse en las propiedades de su místico amor.

De un alma que ha bebido en la *interior bodega del Amado*, y aprendido *ciencia muy sabrosa*, y que solamente se *ejercita en el amor*, han de ser estos

(1) Decl. de la Canc. XXX.

(2) Decl. de la Canc. XXXII.



dulces afectos y embriagadores dichos, como *emisiones de un bálsamo divino* (1).

(1) De las Canc. XXVI, XXVII, XXIII y XXV. En la declaración de la canción XXVI se dice lo siguiente: "Aunque esté el alma siempre en este alto estado de matrimonio, después que Dios le ha puesto en él, no empero siempre en actual unión según las potencias, aunque según la substancia del alma sí,, que hemos creído sirve mucho para la inteligencia de la unión mística.



III

UNA pausa brevísima. Pasando rápidamente la vista por el cuadro del misticismo poético de San Juan de la Cruz, y volviendo á este punto en que ahora estamos, hagamos notar que todo el gozo íntimo, todo el afecto y ternura del alma inflamada por el amor divino, del alma singular que ha saciado sus ansias y reposado de sus vuelos en la unión estática con Dios, transformándose en Él, todo rebosa en el corazón del Santo poeta castellano y lo enciende en llama amorosa, *cauterio suave* que regaladamente llaga, *toque delicado que á vida eterna sabe*.

El amor más calificado y perfecto es del que ahora se trata, dice San Juan



de la Cruz al adelantar la materia de su *Llama de amor viva*, y por ser tan interiores y espirituales estas cosas, falta de ordinario lenguaje con que encarecerlas y declararlas; las potencias del alma han abarcado, á los resplandores de *lámparas de fuego*, la *profundidad de sus cavernas* que sólo pueden llenarse con lo infinito; y así como el madero en el fuego en él se transforma y si permanece más tiempo en el fuego llega á *centellar fuego de sí y llamear*, así también el alma mística en el fuego del amor perfecto y en el estado de transformación con Dios, *centellea* y hace llama en la que, muriendo, trocada por vida se le dá la muerte (1).

Esto es lo que San Juan de la Cruz canta en la *Llama de amor viva*, de propia experiencia y diciendo siempre con lo mucho que dice su lengua poco de lo que en su interior siente; y pareciéndole no decir nada de las íntimas conmociones del alma á no ser por me-

(1) Prólogo, y Canc. II.

dio de exclamaciones de vivísima expresión:

¡Oh, llama de amor viva!
 ¡Oh, cauterio suave!
 ¡Oh, regalada llaga!
 ¡Oh, mano blanda! ¡Oh, toque delicado,
 Que á vida eterna sabe,
 Y toda deuda paga!

.....
 Oh, llama de amor viva,
 Que tiernamente hieres
 De un alma en el más profundo centro;
 Pues ya no eres esquiva,
 Acaba ya, si quieres,
 Rompe la tela de este dulce encuentro.

Tengo para mí que sin necesidad de internarnos mucho, y sólo por lo que vamos entendiendo y rastreando, algo nos dice este lenguaje del místico, esta poesía de vigoroso sentimiento; algo que acertamos á traducir fácilmente. La tela de la vida mortal que impide el dulce encuentro, es ya sutilísima y delicada, pasan por ella rayos de luz, grandes mercedes, dádivas generosas con las cuales el alma *resplandece delante del Amado*, ponderándolas ince-



santemente en aquella amplitud y dilatación de sus potencias y sentidos (1) hasta que gastada toda palabra y toda imagen y apurado todo discurso, se vuelve á Dios al sentir sus alientos de vida y exclama por boca del poeta (2):

¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Dónde secretamente sólo moras;
Y en tu aspirar sabroso
De bien y gloria lleno,
Cuán delicadamente me enamoras!

En aquel *aspirar de Dios, de bien y gloria lleno*, se queda y abisma el alma; más allá el silencio será la mejor canción y la única posible, porque, como dice el místico San Juan de la Cruz, *veo claro que no lo tengo de saber decir, y parecería menos si lo dijese* (3); frase

(1) *Llama de amor viva*, Canc. III. En la declaración del verso, *Las profundas cavernas del sentido*, largamente se explica esta amplitud y dilatación, que decimos.

(2) *Llama de amor viva*, decl. de la canc. IV, ver. III.

(3) *Llama de amor viva*. Decl. de los tres últimos versos de la Canc. IV.

digna de un genio, de un santo y de un poeta.

Si al llegar aquí y habiendo dado término y remate á nuestro pobre trabajo (1), se nos detuviera para que con-

(1) De las *Devotas poesías* de San Juan de la Cruz, por estar fuera del pensamiento general de este *Estudio*, decimos contadas palabras, las precisas para dar de ellas noticia. Son varias y diversas las composiciones agrupadas con tal denominación: *Coplas del alma que pena por ver á Dios*.—*Coplas sobre un éxtasis de alta contemplación*, notable poesía mística.—*Glosas á lo divino*.—*Cantar del alma*.—*Canción de Cristo y el alma*.—*Romances sobre el Evangelio de la Santísima Trinidad*.—*La comunicación de las tres personas*.—*De la Creación*.—*De los deseos de los Santos Padres*.—*De la Encarnación*.—*Del Nacimiento*, y sobre el salmo *Super flumina Babylonis*, que es una de las más bellas y apreciada. Todas se distinguen por la sencillez, unción y ternura con que están escritas.

Como dato de curiosidad recogemos la noticia de haberse traducido, en el año de 1893, al inglés por Mr. David Lewes las obras de San Juan de la Cruz, aumentándose así, con orgullo de los amantes de la literatura patria, las ediciones para bien de las letras y renombre del poeta.



cretamente presentásemos formulado un juicio de San Juan de la Cruz como escritor, excusa legítima encontraríamos para eludir el compromiso declinando el encargo, por demás excesivo y difícil de cumplimiento acertado. Sería cosa de traer á cuento, repitiendo todas las ideas de crítica, todas las apreciaciones reverentes, todas las palabras de elogio y encomio con que nuestra inteligencia, en demasía corta y limitada, ha ido tejiendo el estudio del misticismo poético de San Juan de la Cruz, y aun así parecería insuficiente el medio adoptado, nada hubiéramos dicho.

Nuestro juicio acerca del escritor, sin separar al Santo del poeta, diremos, si con insistencia se nos pide, está hecho, es todo nuestro *Estudio*, siendo indispensable para formarlo todo cuanto en él se contiene; y lo ha hecho San Juan de la Cruz con su doctrina sublime, que cuidadosamente se ha procurado exponer, y con su lenguaje que tan rica y escogida poesía nos ha dejado gustar.

¿Se puede hacer otra cosa? Creo que no.

Cada cual, leyendo las obras místicas del *extático doctor*, haga su crítica y juzgue de sus impresiones según el *caudal de su espíritu*, pero que no pase de ahí, que guarde reservadamente su opinión, porque siempre será atrevimiento vano para el hombre querer con sus naturales fuerzas y aplicando su criterio, fallar con la última palabra, en lo que está y vive sobre él.

Y lo puedo asegurar sin vacilaciones; el que atenta y benévolamente me haya seguido, convencido como yo estará de que San Juan de la Cruz no es un hombre cuando habla, sino un espíritu superior, un génio con vuelos de águila, un cantor de divinas armonías; convencido estará, como yo, de que la mística poesía de San Juan de la Cruz no ha nacido de la tierra, ni de ella recogido sus flores; y convendrá también conmigo en que á nuestro poeta pueden aplicarse á la letra aquellas palabras de Fr. Luis de León, á propósito de Santa Teresa: *en muchas par-*



tes no parece que es ingenio de hombre el que oigo, y no dudo sino habla el Espíritu Santo y que le regia la pluma y la mano; que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas obscuras y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee (1).

¿Quién, pues, ha de considerarse autorizado para el análisis y crítica de las poesías de San Juan de la Cruz? Los críticos las admiran, apuran los elogios, y tienen por mejor acierto el confesar que no hay términos de comparación en lo humano para justipreciar sus bellezas; que algo misterioso y de orden sobrenatural eleva sus conceptos, comunica fuego á su corazón para sentir y da color á sus palabras; que es un astro de primera magnitud, y por su lenguaje y estilo, por sus imágenes y afectos, por sus arranques ha de llamársele el príncipe de los místicos españoles, el más inflamado, el más original, el representante más excelso de

(1) En el ya citado *Prólogo* á las obras de la Santa.

la poesía sagrada en nuestra patria.

Se dirá que es generalmente descuidado é incorrecto en la forma, que hace alteraciones en la lengua, que se nota cierto desorden en la expresión de los afectos, que es desigual y á veces cansado y muy obscuro; pero cuando así se juzgue de defectos literarios en la poesía mística de San Juan de la Cruz, no se nos niegue que han quedado en olvido muchos detalles y circunstancias que no sólo hacen dispensables tales faltas, sino que las hacen desaparecer por completo.

Yo no recordaré preceptos de crítica, porque nadie más necesitado de lecciones y maestros; pero sí me permitiré advertir que San Juan de la Cruz no cultivó la poesía con el fin meramente artístico; que la forma rítmica y el lenguaje figurado y retórico (1) le

(1) En el libro III, cap. XLIV, de la *Subida del Monte Carmelo*, puede verse cómo no condena el Santo, el *buen estilo y retórica* y el *buen término*, pues dice que aun las cosas *caídas y extragadas*, se *levantan y reedifican* por este medio.



servieron para levantar más el fondo de sus tratados místicos, sin mirar con preferencia á la proporción y estructura del decir peculiar de la belleza; que la pasión le arrebatara con su fuerza y presteza increíble de un afecto en otro, y corta sus razones (1); y por último, y con esto terminamos este *Estudio* (y no es doctrina mía sino de San Buenaventura y San Bernardo) (2), que en materia tan alta y tan espiritual como es la mística, donde la gracia es maestra y no la lengua, donde el que por experiencia sabe no lo sabe decir, donde la humildad alcanza lo que de vuelo se va y aprende lo que no se puede enseñar, donde la palabra substancial del Padre hace tales maravillas, que con palabras no se pueden declarar, donde no hay que regirse por entendimiento ni regla de maestros, donde el gemido de la oración y el trato

(1) Fr. Luis de León.—Prólogo á la exposición del *Cantar de los cantares*.

(2) San Bernardo.—Sermón 85 sobre los *Cantares*.—San Buenaventura.—*Itinerario mentis in Deum*.—Cap. VII.

con Dios es la escuela y enseñanza, donde la claridad daña y la obscuridad alumbra, donde todo lo da el fuego de amor, ¿cómo pondremos tasa, límite, orden y modo en los términos con que tan superior cosa se ha de declarar, queriendo que lo que no tiene término y es inefable pase por las reglas ordinarias, sin trascender toda palabra, toda frase, todo uso común y de escuela, de discípulos y maestros, de artes y modos que en la tierra se pueden saber?



X640915921
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6401847909



VNiVER Si



69



UNIVERSITY OF CAMBRIDGE